

# CARPE TAM CERO

CUENTOS DE MIGUEL ALASCIO CORTAZAR,  
CON XILOGRAFIAS DE ABEL BRUNO VERSACCI Y  
DIAGRAMACION DE ROBERTO M. FERNANDEZ



2 of 650  
ML

LEALTAD



UN pesado sopor sube el campo, lo penetra.

Como una mano vuelta sobre la palma calcinada, encallecida, la planicie parece querer cerrarse para exprimir los pocos jugos de vida que le quedan. En los molinos, los animales se revuelcan en el barro de babas, orines y diarreas, buscando fresco para los cueros estaqueados sobre sus esqueletos. Con ojos enrojecidos, escudriñan el horizonte. Los hocicos al sur, olfatean la proximidad de la tormenta, y las vacas inician un quebrado coro de mujidos que se prolonga en el jadear de las ovejas. Tímidos, los mechones de lana flamean en las púas del alambrado. Los perros se han guardado en los ángulos de sombra que proyectan las paredes del bañadero, cubierto de bichos y moscardones atraídos por el hedor del remedio podrido. Bajo el alero del rancho, Ernesto observa cómo su madre ensilla el sulky.

Mastica una ramita, con la mirada perdida en el horizonte anaranjado.

"Es mejor que espere el agua en el puesto, mamá". "Ansina caigan latas, me voy al pueblo". "Pero, mire que no está pa'joderse porque sí nomás...", insiste Ernesto, sabiendo de antemano el sentido de la respuesta.

"Lindo el señorito, ahura se preocupa por su pobre madre, después de cuatro años de faltar al cuete".

"Pero, mamá...". "Te hubieras quedao junto al viejo que reserea solo con las coyunturas tan doloridas, que ya ni la caña juerte se la'apla". "Uste'sabe por qué me juí...".

"No macaniés, hubieras ayudao a tu padre, como quería el patrón, cuando no pudimos pagarte más los cuadernos del colegio".

La hacienda se agita. Los animales sienten el estremecimiento del molino que gime, sin orientar la aleta, ni girar la rueda.

"Mire, mamá, no se me enoje, pero los tiempos cambian. Hasta los perros lo saben cuando sienten hambre, y nosotros estamo'tras-pasaos de muchas hambres, mamá...".

"Lindo te dejaron las canteras de Olavarría. Tosés igualito que cordero recién degollao".

"Ansina están las cosas. Ayá, acá, en todas partes. Trabajamos pa'los ricos, no pa'nojotro...".

"Vos querés chantársela al patrón y a sus amigos, con tu política que ni de comer te da. ¡Ay, hijo, si rezaras de vez en cuando! ¡Mira que tenés mala memoria! ¿Quién te curó gratis, cuando te rompiste el brazo en la rodada? ¿Quién te regaló la papeleta pa'tu primer voto...? ¿Quién...?"



"Sabe, mamá; no se trata d'eso. Se me pone difícil decirlo. Pero la verdá es que pa'tomarle el gusto a la fruta hay que masticarla, romperla en la boca... Y güeno, ansina con tuitas las cosas e'la vida, ¡pues! Pa'seguir adelante hay que cambearlas, y si ahura trabajamos pa'otros, habrá un día que no será como ahura. Trabajaremos pa'nojotros y después, no tendremos más necesidades, ni penas".

Doña Juana, por un instante, siente orgullo por su hijo, a quien se le han nublado los ojos de entusiasmo.

"Vaya al pueblo, nomás mamá. Apúrese que el aguacero se viene con todo...". Y, mientras la ayuda a subir, le susurra como un rezo:

"Luchamos pa'cambear al país, mamá; pa'que sea pa'todos; luchamos pa'liquidar la miseria, las diferencias...; contra el patrón, lo que tengo es poco si lo compara con eso. La cosa no es contra uno, sino contra todos. Cambearlo pa'usté, mamá; pa'l'pobre viejo, pa'la Felicia...".

Ya en el sulky, doña Juana se vuelve dudando, mira a su hijo y se decide: "Pero, decí, a ver, ¿quién recomendó a la Felicia, en la estancia'e los Velazco? Y la casita en el pueblo, pa'cuando el Remigio se retire, ¿quién la va'trair de la Capital? Como dice el patrón, al mundo no lo arreglan los alborotos..., las cosas cambian, pero de a'poco. Ya empieza a yover. Mirá, si te enulás no te dan nada, pero si te portás bien...".

Remolinos de tierra y bosta, barren el campo. Los animales, enfrentan la tormenta con el anca. Al cabo de tres horas de trote, con lluvia torrencial, doña Juana entra en el pueblo, ya de noche.

"Mi hijo no es un jodido pues...". se ha repetido durante el viaje, recordando las palabras de Ernesto y el brillo de su mirada, sintiéndose segura junto a él. Se detiene en una esquina, frente a un caserón refaccionado. Llama a la puerta.

"Güenas noches patronzita...", saluda, mientras ofrece una yunta de pollos. "Son pa'l'señor, pa'que festeje su cumpleaños, como Dios manda...".

"Oh, muchas gracias y cariños por su casa, doña Juana. Perdóname, pero, como esperamos visitas, tengo miedo por los pisos recién encerados...".

La anciana, nuevamente con sus pensamientos, se pierde entre cortinas de agua.

CeDInCl

DE NOCHE

EL ruido de la máquina de coser se le mete en las venas, refractándose en el golpeteo de las sienes. "Digan lo que digan, a Hernán lo reventaron porque se negó a decir quiénes formamos el grupo y dónde nos reunimos".

Ahora, el golpeteo es en las muñecas. Una picazón, cada vez más intensa, se concentra en los testículos.

"¡Acá, justo acá, le metieron picana...!"

Se palpa la bragueta. Tiene perlada la frente de sudor.

—"Te adoro —le dijo Estela, por la mañana— vení, besame". No respondió. "Eh, distraído —insistió ella, mientras le mordía, alternativamente, las perillas de las orejas— ¿por dónde navegas hoy?"

La miró a los ojos:

—"Ayer, un obrero se amasijó en las vías del tren, abrumado por el hambre de su familia; la semana pasada, reapareció la olla popular en Tucumán... y a vos, ¿no se te ocurre otra cosa que venir a franelear?"

—"¿Y nosotros, qué culpa tenemos? Que cada uno se cuide lo suyo, además, la caridad...; pero vení, tontito, estás en la luna...". Ya no la oía...

—"Tenemos dos horas más —le había dicho Estela la primera noche, que lo citó, en su casa—. Gordo no llegará hasta la madrugada, porque prepara una tropa, y no confía en los peones. Ya no son como antes. Cuando mejor se los tiene, peor se comportan con quienes les matamos el hambre".

Algo preocupada, se apartó:

—"Bueno, me voy. El nene está en salvador de almas ajenas —acotó burlona, con un dejo de reproche— pero esta noche, habrá desquite...". Y sonriendo salió del probador.

La había dejado ir sin decirle nada. "¿Para qué? —pensó—. Es consecuente con su clase. ¿Cómo hacerle comprender que lo nuestro fue una pequeña parte, inseparable, de la condición infra-humana que nos ahoga a todos?"

Conciencia y deseo, pugnan por brotarle en grito corto y hondo.

Palidecen los Querubenes del vitral. Rosa, la empleada, enciende la luz. El Paraíso se llena de colores tenues, relajantes. Las blancas barbas de Dios, cubriendo la escena de la Creación, semejan nubes de contornos imprecisos. En ellos, Rosa descubre rostros. "Si están claritos", se dice a sí misma. Ahí, la señora cual; allí, la niña fulana, cuyo décimo tercer noviazgo, e inminente casamiento, centra el comentario del pueblo. El candidato es un excelente joven, hereda cinco mil hectáreas de campo y varias propiedades de la planta urbana. Allá, doña zutana, viuda, estanciera algo venida a menos, con varios hijos, alegre, famosa por sus amoríos con los viajeros



de comercio, "amada por los hombres y odiada por las mujeres", como decía Hilariona, una amiga de Rosa; en el rincón de la derecha, junto al montón de "recortes", el Intendente; arriba de la Divina Testa, el señor del Mercedes, que viaja todos los quince para la feria, y le envía propinas, cuando su chofer retira las camisas de seda con monograma...

—"Nada más edificante, que impulses tu imaginación por los senderos inescrutables de inocentes visiones" —le dijo el cura párroco, en confesión, temerosa de no ser creída o, lo que era peor, de estar bajo la influencia de un "gualicho".

Observa a Rosa encorvada sobre la máquina, como formando parte de ella, "la más importante y noble", según su madre. Recuerda la sedosa blancura de los muslos de Estela, sus senos duros de erectos pezones, su experiencia casi profesional. Piensa en la relevancia que había adquirido en el Club, cuando se iniciaron los rumores sobre sus relaciones amorosas.

Repara en la radio encendida desde la mañana. Palito Ortega, canta algo sobre la cerveza. Suspira, menea la cabeza, y sale del taller de costura. El ruido queda atrás. Cruza el local de ventas y se asoma a la vereda. Anochece. Los vecinos se reúnen con su padre para conversar del tiempo, mientras algunas jóvenes, presurosas, con risitas ahogadas, se encaminan hacia la "vuelta del perro", iniciada con los acordes de la Marcha de San Lorenzo, desde los altavoces de la Municipalidad.

—"No me esperen a cenar.

—"Por lo menos, andá un rato al Club. Responde el padre.

Amanece. Las fachadas están cubiertas de un pálido verdor. Bajo sus pies ateridos, la escarcha cruje y el agua aflora. Los mujidos de los animales, que llegan al embarcadero, se confunden con el canto de los pájaros, en un alegre sostenido que recorre las calles, impulsado por la punta filosa de la brisa helada.

El carro basurero, avanza al tranco. En el pescante, Banquinazo empuja su "litrón sin cristianar", en tanto, uno de sus hijos, flaco como dos galgos que le siguen, vacía los tarros.

Estela duerme. Los tizones de la estufa continúan irradiando calor en el aposento. Con las primeras luces, apenas filtradas por las cortinas de damasco, los espejos reflejan su cuerpo desnudo, multiplicándolo. Sólo un rictus, contradice la aparente placidez del sueño. —¡Disiguro que juiste uno de los pintores! —exclama Banquinazo, cuando se cruzan—. Gurices sin arruga, como panza e' muñeco. Susurra luego, pensativo, con la mirada perdida en el campo, al final de la calle principal.

MIGUEL MARIO ALASCIO CORTÁZAR

CeDInCl

**EL PETISO NOCHERO**



CONSTREÑIDO por la falta de trabajo en Europa, creyó fácil "hacerse la América" y regresar a su Calabria natal; pero el mito lo atrapó, como una araña, que teje su tela en derredor.

Al llegar como los papeles estaban en orden, en seguida vendió la fuerza de sus brazos en un Circo. "HOY - GRAN DEBUT - HOY", anunciaron los carteles. "ESPECTACULO JAMAS VISTO. NICOLA, EL ENANO MAS FUERTE DEL MUNDO, EN EL ABRAZO DE LA MUERTE CON "OLGA", LA OSA MALDITA. **NOTA:** MIENTRAS DURA LA SESION, REDOBLARAN LOS TAMBORES DE LA ORQUESTA SINFONICA. ROGAMOS SILENCIO AL RESPETABLE PUBLICO. NICOLA SE JUEGA LA VIDA TODAS LAS NOCHES. SABADOS Y DOMINGOS, TAMBIEN LUCHA VESPERTINA."

Una tarde, años después, durante un desfile de presentación en Candelaria, conoció a un conchabador de Posadas y, a cambio de un adelanto, dejó el Circo y se embarcó hacia la "Compañía de Maderas del Iguazú".

Lo aparearon a un burro en el acarreo de troncos y se lo tragó la selva. Endeudado con la Compañía fue después canjeado, por dos mujeres, en un obraje de San Ignacio, de donde pudo escapar rumbo al sur.

En la Estancia "La Esperanza S. A." se le desarrolló un reuma deformante. Imposibilitado de hacer trabajos "campo afuera", lo destinaron "a la quinta y los corrales".

"—Con la jeta del Petiso Nochero, apenas si hacen falta perros... ", dijo el capataz, socarrón, al comentar la medida.

Pero, como la enfermedad continuó su proceso, en la Administración alguien aconsejó:

"—Si no tiene cura, lo mejor es meterlo en un tren a Buenos Aires. Al fin y al cabo, no da en trabajo lo que gasta en borracheras. Además, es un susto cojeando. Con sólo pensar que se puede morir uno de estos días, y que tenemos que enterrarlo, se me revuelven las tripas".

Y así regresó al punto de partida.

Comenzó a pedir limosna en el atrio del Sagrado Corazón de María. Comía en los tachos de basura y, gastaba las monedas en un estaño de Paracas. Se había convertido en un montón de huesos retorcidos, envueltos en costra.

Por las tardes, solía pararse junto a la entrada de los baños del hall de la Estación Constitución, al pie de las escaleras.

Miles de zapatos pasaban frente a él. Subían, bajaban; todos de prisa. Se esquivaban, chocaban y seguían, con trotecitos cortos, nerviosos. Otros se arrastraban, desclavados y cansinos. Eran negros, marrones, blancos, manchados, azules; puntiagudos y mochos; con bigotes, ojitos brillosos y mirada punzante, hocicos relucientes y húmedos, colmillos enrojecidos y baba espumosa. . .

De pronto, una noche, formaron a su alrededor un círculo amenazante. Quiso huir, por la pared, y se desplomó escaleras abajo lanzando un alarido. Al rato, el círculo se abrió para darle paso. Se lo llevaban envuelto en una lona. Había muerto. La calle Hornos, siguió acurrucada en su nocturnal misterio, con luces y sombras haciendo cabriolas. . . ¡Ohoooo. . . jop!

MIGUEL MARIO ALASCIO CORTÁZAR

CeDInCl

**EN EL MAS ALTO NIVEL**



—... y el dinero no es todo...

—Claro que no. En el otro mundo hay valores más importantes, pero en esta vida, desgraciadamente, sin dinero no hay status, y sin status sonaste, querido, sonaste.

Mirá, cuando me dediqué a la televisión, para que me dieran un simple primer plano, tenía que aceptar de todo, d-e t-o-d-o, ¿me entendés? Entonces, me dije: "Sonia, hacete ejecutiva y montá tu propia empresa". Y ya ves. Me he organizado, de acuerdo con las técnicas más avanzadas. ¿O pensás que compré este ambiente, en Arroyo, y el Fiat 600, yugándola de fabriquera o de sierva?

Ese estereofónico, me lo obsequió un yanqui después de pagarme quinientos dólares, sin chistar. Sacá cuentas. Esos sillones franceses farrados en seda, los retiré de una casa de antigüedades de la Avenida Santa Fe, por orden de un estanciero, con quien almuerzo en la Exposición Rural, todos los años; y sabés el dique que se da conmigo... ¿no?

Mirá a tu alrededor, mirá qué bulín tengo. Ah..., y todos los veranos me voy un mes a Punta, y me codeo con señoras que quisieran vivir como yo, y se las aguantan.

—¿Y tus padres?

—Mis viejos creen que modelo para el exterior o, por lo menos, eso aparentan... y cuestan plata, mucha plata, ¿sabés? Además, tengo un hermano arquitecto. Trabaja bien..., yo lo relacioné.

Pero todo lo poseo gracias a Pedro. Es como un padre para mí. Si no, ya andaría mordiendo la banquina. Antes, frecuentaba las whisquerías de onda, hasta que una noche lo conocí. Es jefe de relaciones públicas de una compañía inmobiliaria. Comenzó a mandarme trabajo, en cantidad y calidad. Vivir con Estela, entonces, se hizo difícil porque nos molestábamos y, como las perspectivas económicas eran óptimas, le vendí mi vieja libreta de direcciones, pagué un adelanto y acá me tenés, trabajando con lo más selecto, verdaderos señores, caballeros del más alto nivel que saben tratarme. En general son casados, con problemas como el tuyo, o simplemente cansados de la tiranía conyugal.

—Por lo visto, tenés un papi fenómeno...

—Y además, "pragmático", como dice él. Es la mejor filosofía. Deberías aplicarla en las relaciones con tu esposa. Verás como desaparece la incomunicación. Pero no te aflijas mucho, éste es un país de incomunicados que, a la hora de los pesos, se comunican. Mirá, yo tengo novio oficial, ¿sabés?. Lo mantengo; a él le conviene y se queda en el molde. Nunca me exigió nada..., le doy porque quiero. Es una inversión a largo plazo. ¡Yo también, seré una señora cuando me retire!

—Bueno es hora de irme..., tomá aquí...

—No, no cuentes nada..., está bien.

—El sábado a las quince, ¿entonces?

—De acuerdo, pero por favor ahora vestite rápido porque tengo un compromiso y deseo estar un rato sola...

MIGUEL MARIO ALASCIO CORTÁZAR



CeDInCl

**CAPITULO FINAL**

LOS hombres terminaron su trabajo. Junto a la tranquera, en el camino real, quedaron amontonados algunos muebles desvencijados, cacharros de cocina, aperos, un arado de manquera, dos baúles y algunos libros embolsados. Cerca de un esquinero, con la mirada fija en el interior del potrero, se habían arremolinado, un doradiyo bichoco, varias ovejas y una lechera; mientras su ternero saltaba retozón, entre unas pajas, al otro lado de la huella.

Cuando el grupo cruzó el camino y entró en el campo principal de la estancia, unos teros volaron agresivos, sobre las cabezas de los jinetes.

—“Vamos pal'Monte Viejo, por ahí nomás debe haber rumbiao don Asunto.”

Un carancho voló en espiral, rodeándolos.

El ruido del arroyo y el rumor de la brisa matutina se mezclaban, en la arboleda añosa y tupida, con el chirrido de los pájaros.

Cuando llegaron, ya estaba ahí el forcito del médico de policía.

—“Me avisaron de la estancia, esta mañana temprano, después que ustedes salieron. Anoche lo encontró un mensual que volvía de peludear”. Dijo el galeno, señalando un claro en el monte.

De lejos parecía dormido, con la cabeza recostada sobre las raíces de un eucalipto. Formaron un círculo a su alrededor. Sus ojos, como espejuelos, reflejaban el cielo de la primavera. Tenía las manos engarfiadas en la tierra.

—“No hay orificio de salida. La bala debe estar alojada en la región occipital.” Dictaminó el médico.

—“Seguro que lo volteó el desalojo...; era demasiado viejo. El caso está cerrado”. Comentó el comisario.

Decenas de chimangos, contemplaban la escena. Los caballos, resoplaron con las cabezas gachas, las orejas paradas y las miradas fijas en don Asunto, muerto.



CeDInCI

MIGUEL MARIO ALASCIO CORTÁZAR



CeDInCI

ILUSTRACIONES IMPRESAS  
CON TACOS ORIGINALES

de Sr. Vicente P. Caride con el  
conceptuoso homenaje de los autores:

*Permanente Fascistismo*

Bos. 11/6/69.

EDICION DE 1500 EJEMPLARES,  
de los cuales 1200  
fueron impresos en papel blanco  
alisado de 118 grs., y 300  
—TIRADA ESPECIAL NUMERADA—  
en papel Witcel, azulino,  
de 130 grs.,  
con las firmas de los autores  
en las carpetas, respectivas.

CeDInCI

CARPETA EDITORA (en for.). Hecho el depósito de ley 11.723, Argentina - 1969